ACEQUIAS Y DERECHOS DE AGUA

José Mallor Espinosa

En los primeros tiempos de la era cristiana no existían, tanto en Urrea como en Híjar, otras huertas que las que hoy conocemos a orillas y márgenes del río Martín.

Para regar estas huertas desde Albalate, aguas abajo en el río Martín, hasta el término de Híjar, se construyeron tres presas con estacas, cañas y tierra. Cada una tenía su acequia y su trozo de huerta que regar. Una regaba la margen derecha y dos la margen izquierda.

Pasado el pueblo de Urrea de Gaén, a pocos metros aguas abajo, existía una de las presas que mandaban el agua a la margen izquierda del río, desembocando en una acequia de 150 litros de aforo por segundo. Esta acequia bajaba por la falda de Los Riveros separándose del río todo lo que el nivel del agua rodada permitía, creándose así la partida de huerta de Las Vegas, único regadío del término de Híjar en la margen izquierda del río Martín.

Con el paso de los años, salpicadas entre esta huerta, se fueron edificando hasta dieciocho torres (casas de campo). Algunas de las torres que hoy existen ya se construyeron antes de la invasión árabe, o por lo menos antes de la Reconquista. Estas serían la Torre de Ara, la Torre del Pino, la Torre de La Malvasía, la Torre de Los Simones y la Torre de Las Melindras. Las demás Torres de las Vegas, por su estilo de construcción, se nota que fueron construidas mucho más tarde y por gente más corriente.

No hace falta forzar mucho la imaginación y pensar lo apetecible que sería en aquellos tiempos, para las familias pudientes de Híjar, poseer una torre en las Vegas y, en las tardes noches del verano, pasar allí algunas veladas gozando del frescor que da la huerta, saboreando además sus maravillosos frutos. Para el invierno, tenían todas un rincón donde poder tomar el sol sin que les molestara el viento.

Estos son algunos hechos, de los que yo sólo sé de oídas, ocurridos en algunas de estas torres:

La Torre de Ara. La dueña más antigua que yo conocí me contó, en los años 40, que todavía guardaba un sofá en el que estuvo sentado Jaime I el Conquistador en una visita que hizo a su honorable familia.

La Torre del Pino. Fue propiedad de don Julián Otal. Al morir éste su viuda ingresó en la comunidad de hermanas de San Vicente de Paúl, donando a la comunidad todas sus fincas. Esta torre, con su huerta, tuvo que venderla para pagar los derechos reales. Cuenta una leyenda que, en la época de la Reconquista, huía por aquel camino un jefe árabe que, al ver aquel pino tan esbelto, sacó su alfanje y descargó sobre él toda su ira, dejándolo casi cortado. Al rato salió el torrero de su escondite, rasgó su camisa de cáñamo y lo vendó con mucho cuidado; desde entonces creció sin ningún problema. Todavía se nota a unos 7 metros de altura una anomalía que puede que sea por aquel golpe.

La Torre de La Malvasía. Aunque de menor tamaño, su estructura por dentro es de un estilo señorial. A ésta se la denominó "Huerto del Duque", su superficie rústica es de poco más de una hectárea. Se le dotó de un derecho de agua especial, pues puede disfrutar para su riego de toda el agua de la acequia de Las Vegas, todos los jueves del año, desde que sale el sol hasta que se oculta. Aquí se cultivaban las mejores frutas, verduras y uvas para disfrute de los Duques de Híjar.

La Torre de Los Simones. La mayor en extensión de la huerta. El edificio de esta torre, en 1902, dio posada, el tiempo que duró la reconstrucción del convento de Los Campillos, a los frailes franciscanos directores de las obras.

Acequia de Columbrillo. Fotografía: Pascual Ferrer

También Don Antonio Dosset, propietario de esta Torre de Los Simones y promotor de la construcción de los pantanos del Arroyo Escuriza y de Cueva Foradada, dio suculentas comidas y meriendas a las personalidades de Madrid y de la provincia cuando venían a revisar aquella gran obra.

Retrocedamos a los tiempos de la invasión árabe. Con esta conquista fueron muchos los cambios en esta comarca, muchas fincas cambiaron de dueño, poco a poco se fueron apoderando también del poder político para gobernar los pueblos.

A mediados de esta invasión, gozando de un dominio absoluto de esta comarca, quizá pensando que esta dominación sería para siempre, decidieron estudiar la gran obra de hacer una acequia que, saliendo del río Martín, regara el mayor trozo de terreno posible.

Este punto lo encontraron un kilómetro, más o menos, aguas abajo de Albalate del Arzobispo. Cogiendo el agua en aquel punto, y cuidando con gran precisión el desnivel en la acequia, se comprobó que se podían llegar a regar más de 3.000 hectáreas.

Se hizo la acequia y se la llamó "Acequia de Gaén", en honor a un personaje árabe importante en aquel tiempo apellidado Gaén, que parece ser que fue uno de los promotores de esta obra. Hasta hoy tenemos en regadío unas 2.300 hectáreas, repartidas en los términos de Urrea, Híjar y La Puebla.

Los que tienen la suerte de conocer todo este complejo de minas, mampuestas, brazos, filas y gallipuentes no dudan en afirmar que fue una gran obra de ingeniería, inexplicable para aquellos tiempos.

Los árabes, conocedores del terreno, seguro que pensaron que llegaría un día en que se construirían los pantanos que hoy disfrutamos, y con estos se tendría agua abundante.

Con esta idea, se supone, estudiaron la cantidad de agua que debía bajar por la acequia para dar la vuelta, regando las 3.000 hectáreas, sin que pasasen más de quince días de un riego a otro. Según el estudio, la acequia debía tener un aforo de 3.500 litros por segundo y así se hizo. Quinientos años más tarde, teniendo ya agua en los pantanos, se pudo comprobar que fue un aforo acertado.

Otro tema difícil, que al parecer dio lugar a muchas discusiones y juicios entre los pueblos, fue el ordenamiento del riego en cada partida; más, la concordia entre los tres pueblos (Urrea, Híjar y La Puebla) para conseguir este reparto de aguas que hoy disfrutan.

Esta gran obra también tuvo su oposición. Al hacer la presa en el río Martín para esta acequia de Gaén, ya con piedras de sillería y cal, se dejó sin agua a las dos presas que mandaban el agua a la izquierda del río, la que daba riego a las huertas de Urrea y la de Las Vegas de Híjar.

Los vecinos de Urrea, con los de Híjar, protestaron enérgicamente, argumentando que no había derecho a que les quitaran el agua que habían gozado desde que fueron creados estos pueblos, para llevarla a regar tierras más apartadas.

Como era de esperar, fueron atendidas y estudiadas sus quejas. Se calculó la media de caudal de agua que recibía cada acequia por año, y así nació para Urrea el derecho de la caña y para Híjar el derecho del ojo del Columbrillo; derechos que todavía hoy se siguen disfrutando.

Con esta disposición ganaron mucho los regantes de Urrea de Gaén y los de Las Vegas de Híjar: disponían del mismo caudal de agua y además ya no tenían que preocuparse de si bajaba o no el río crecido. Antes, cada vez que esto ocurría tenían que volver a construir aquellos azudes de estacas, cañas y barro.

Al conceder el agua para Las Vegas por la Val del Columbrillo, se dieron cuenta de que desde la nueva acequia de Gaén hasta el nivel de la antigua acequia de Las Vegas, ésta estaba de 20 a 30 metros más baja.

Todavía bajo la dominación árabe, uno de los propietarios de aquellas primeras fincas regadas con el ojo del Columbrillo pensó que sería un buen sitio para construir un molino harinero aprovechando aquel salto de agua producido por la diferencia de altura entre las dos acequias. Este propietario solicitó de la autoridad competente permiso para construir dicho molino harinero. No salió de su asombro al recibir el permiso acompañado de una nota que le decía: "Por hacer una obra de la que tan necesitada está Híjar, le excuso de pagar impuestos por ella". En Híjar sólo existía el molino del Lugar, movido por la acequia de Las Vegatillas, insuficiente para el consumo de entonces.

Pasaron muchos años disfrutando de su negocio libre de impuestos, hasta que el Duque decidió que, como su negocio era bastante rentable, debía ayudar a pagar los impuestos de sus convecinos de Híjar.

Fue pasando el tiempo y no sabemos si los dueños de los dos molinos, el del Lugar y el del Columbrillo, se unieron en sociedad o fue vendido a uno. En la visita que hace a Híjar el administrador del Duque, el 29 de mayo de 1767, dice; "Este molino del Lugar y el del Columbrillo pagan un impuesto de 160 cahíces"; esto demuestra que en aquel año pertenecía a un solo propietario o sociedad. Pasaron muchos años sirviéndose Híjar de aquellos rudimentarios molinos harineros.

Por fin, en la década de 1920, años en los que ya se iba imponiendo la electricidad, la sociedad de esos dos molinos, el del Lugar y el del Columbrillo, pensó en cambiar las ruedas de sus molinos por dos turbinas para producir energía eléctrica. Una se instaló en el mismo molino del Columbrillo, la otra en la acequia de Las Vegatillas, tras el Barrio Judío, en el mismo sitio en que antes estuvo el batán.

La misma sociedad aumentó sus socios accionistas hasta tener el capital suficiente para montar una moderna fábrica harinera, Buthler, movida con la energía eléctrica que producían aquellas turbinas.

La fábrica se construyó en el arrabal del puente, así se aprovechó de aquel derecho de agua permanente que daba el ojo del Columbrillo. Aquella fábrica era el orgullo de Híjar ante la comarca; además de servir harina a los pueblos vecinos, la mayor parte de su producción se llevaba a Cataluña. Aquel empresario hijarano, R. Gálvez, se encargaba de hacerla llegar hasta Barcelona y a su vez, en combinación con Abonos Cross, suministraba desde allí toda clase de fertilizantes a los agricultores.

En este arrabal del puente, gracias a esta agua que suministraba el derecho del ojo del Columbrillo, se ubicaron tres molinos de aceite y más tarde una refinería para sacar aceite de orujo.

La familia Pascual Romeo, que en 1900 ya tenia un telar en su casa de la Plaza de San Blas donde fabricaba toda clase de mantas y maseros, más una pequeña fábrica de hacer jabón en el paseo de San Francisco, con estos dos pequeños negocios sacaba con holgura a su numerosa familia. Cuentan sus nietos que sus padres Mariano y Braulio Romeo, en 1914, ya iban a vender jabón y mantas a toda la comarca con su borrico y carrico. En la década de los años 20 se casaron estos dos hijos, compraron un local en el arrabal del puente, se construyeron viviendas y todavía les quedó un gran local para sus negocios. Con la abundancia de agua que les daba el repetido derecho aumentaron su producción, cambiaron el burro y carro por un camioncico, disfrutando bastantes años de su próspero negocio. Esta familia ya tenía en el llamado salto de Las Vegas un local, dentro del cual caía el salto de agua unos cuatro metros de altura para desembocar en una balsa de cemento; la fuerza con que llegaba el agua al caer ayudaba en gran parte a que la lana que lavaban para sus mantas quedara limpia y brillante, todo esto sin perder el agua de riego, que seguía por su cauce regando las vegas bajas.

La familia Dosset en la torre de Ara (Archivo de la familia Dosset)

Por ultimo citaré otro pequeño servicio que hacía la fuerza del agua de esta acequia de Las Vegas.

Frente a la torre de La Peña, al otro lado de la carretera, y en un plano mucho más alto, está el huerto que fue de Don José Cardona. Este señor, entre su variedad de oficios, se destacaba por la pirotecnia. En este huerto todavía existe un masecico por el cual hacía pasar el agua de la acequia de Las Vegas; ésta, a su paso, movía una rueda de aspas acoplada a un cigüeñal de tres curvas que, al dar vueltas, hacía subir y bajar tres tacos de madera que, a su vez, golpeaban en tres cubos también de madera. En éstos, aquel Don José echaba la mezcla de pólvoras para que fueran machacadas en la proporción ade-

Torre de los Simones (Archivo de la familia Dosset)

cuada para cada clase de cohetes. Su pirotecnia gozaba de bastante prestigio en toda la comarca. Él fabricaba todos los cohetes y toda clase de fuegos de artificio que se quemaban en las fiestas de estos pueblos; entre éstos, aquellas famosas ruedas que se quemaban en las noches de bailes en sus plazas, famosas porque unas veces daban vueltas y otras no. Era lo que había, la gente seguía la juerga, aumentada con los silbidos dirigidos al bueno de Don José cuando las ruedas se resistían a dar vueltas.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de esas ruinas que todavía podemos contemplar en el jardín de la residencia de ancianos; en el Molino del Lugar, junto al cabezo de Los Riveros, de cara a la ermita de la Virgen del Carmen; el Molino del Columbrillo y las de la fábrica harinera, en el arrabal del puente.

Estas fueron todas las industrias e "industricas" de las que disfrutaba Hijar gracias a aquellos derechos de agua; hoy, todas desaparecidas.